

Eva Franch es una brillante arquitecta que no levanta edificios. Pero diseña proyectos que son espacios alternativos, que repiensen el modelo de ciudad y la propia función del arquitecto en la sociedad. Y lo hace desde Nueva York, donde dirige la galería Storefront.



**VANESSA GRAELL**

John Lennon y Yoko se metieron en la cama

de una habitación del Hotel Hilton de Amsterdam para denunciar la Guerra de Vietnam. Y lo hicieron en pijama. Veinte años antes, en 1959, Fidel Castro tomó como base de la Revolución Cubana el Hotel Habana Hilton, el único edificio con aire acondicionado. Después lo nacionalizó, le cambió el nombre por Habana Libre y, en marzo de este año, fue el escenario del deshielo con Estados Unidos y de la rueda de prensa de Barack Obama. «La habitación de un hotel es un espacio político. Y más si es un Hilton, se convierte en una embajada del poder. La arquitectura es un vehículo político. Y el imperialismo de Estados Unidos no sólo se ha exportado a través del cine de Hollywood o del *fast food*, sino que se ha materializado con la arquitectura», dice Eva Franch en el Col·legi d'Arquitectes de Catalunya.

Ella es arquitecta (aunque atípica), desde 2010 dirige el Storefront for Art and Architecture de Nueva York y en 2014 fue una de las comisarias del Pabellón de Estados Unidos en la Bienal de Venecia. Nació en Deltebre, se formó en Barcelona y Holanda, se marchó a Estados Unidos con una beca de La Caixa para estudiar en Princeton, ha dado clases en Columbia (entre otras) y ahora reinventa la crítica desde Storefront, donde denuncia esas «estructuras de poder que siempre han estado ahí y no cuestionamos». Aunque ha impartido charlas en decenas de universidades y festivales, la semana pasada se estrenó en su lengua materna, con la primera conferencia que daba en catalán en el marco del I Congrés d'Arquitectura.

«La arquitectura es una de

ARQUITECTURA

## EDIFICIOS DE PENSAMIENTO



Eva Franch en el Col·legi d'Arquitectes de Catalunya.

SANTI COGOLLUDO

las únicas disciplinas capaces de articular campos como el arte, la filosofía, la política o la economía y producir formas transformando las condiciones preexistentes», afirma Franch, que se define como una «arquitecta que hace edificios de pensamiento». Con sus *looks* rompedores parece una artista conceptual o diseñadora de moda, cuando habla lo hace casi desde una perspectiva filosófica y en su discurso hace temblar los cimientos del *stablishment* desde una perspectiva crítica, pero también académica, con un punto de rebeldía. Es lo que hizo en la Bienal de Venecia: convirtió el Pabellón de Estados Unidos en «un caballo de Troya», en sus propias palabras, en el que ponía en evidencia el colonialismo arquitectónico de Mr. Marshall, su dominación cultural extendida a través de marcas como el EuroDisney o el Guggenheim de Frank Gehry. O cómo detrás de la construcción de un rascacielos en Venezuela se esconden intereses relacionados con el petróleo.

Incluso el título del proyecto *Office US* era un caballo de Troya lingüístico: el *US* no se trataba de United States, sino del pronombre *us*, nosotros. Y Franch montó una oficina de trabajo en el pabellón para seguir profundizando en las conexiones políticas y sociales del ingente atlas de 1.000 edificios de firma americana construidos en todo el



**A la fiesta 'Luxury' de Halloween de Eva Franch no se va sólo disfrazado. Se lleva una bibliografía en el bolsillo. Porque hay que leerse a Marx o Voltaire para burlarse de la idea del lujo.**

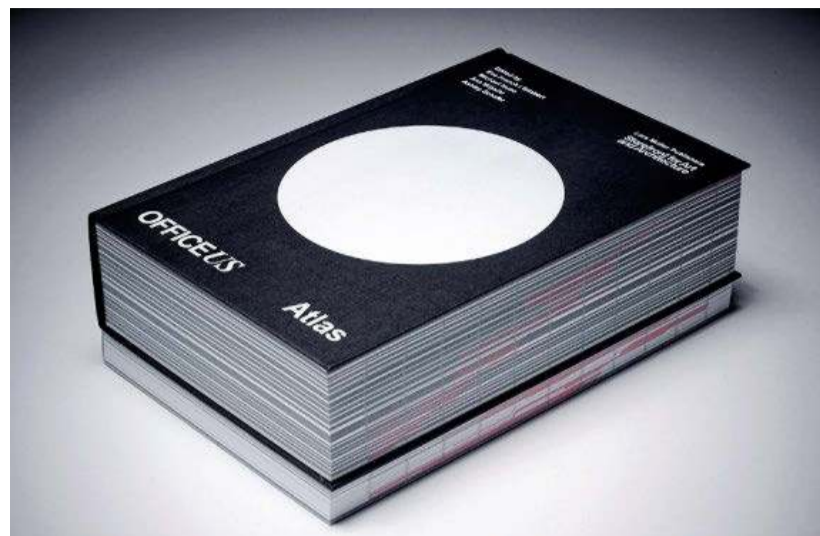
mundo (se acaba de publicar el *Atlas* y el proyecto de la Bienal sigue generando literatura con otros dos tomos en preparación).

«Producir una bienal global creyendo que habrá consecuencias culturales y de valores es una ficción y una pérdida de inversión», suelta Franch. Una crítica que vincula al mundo digital contemporáneo y a la plataforma *on line* World Wide Storefront, «donde queremos dar cabida a proyectos alternativos que tengan consecuencias directas en el contexto donde se generan».

Eva Franch hace preguntas (muchas) que nadie formula. E incluso llega a plantear qué edificios deberían borrarse de la ciudad. «*Taking Buildings Down* es un proyecto sustractivo, que plantea la extirpación de los edificios que no se necesitan



NAHO KUBOTA



El Storefront for Art and Architecture (izq.) que dirige Eva Franch y el 'Atlas' de arquitectura norteamericana que ha editado del proyecto de Estados Unidos para la Bienal de Venecia.

### 'QUERIDA ALCALDESA, QUERIDA MANUELA'

Manuela Carmena recibió en septiembre 74 cartas de arquitectos españoles con propuestas concretas para la ciudad de Madrid. Rafael Moneo proponía hacer del

aeropuerto de Barajas «un jardín bien cuidado» y Andrés Jaque reivindicaba «el turno del urbanismo de bloque abierto de la periferia». Cuando Carmena llegó a la exposición que había organizado Storefront en el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid ya las había leído. «Y prometió contestarlas una a una», señala Eva Franch, que hace dos años puso en marcha el proyecto 'Letters to the Mayor' en Nueva York. Desde entonces la lista de ciudades no ha dejado de crecer, de Lisboa a Taipei. «Estas conversaciones arquitectónicas generan una radiografía transversal de las problemáticas de una ciudad. Los arquitectos tenemos una responsabilidad a la hora de construir y cambiar la ciudad», defiende Franch, particularmente crítica con esa «responsabilidad» de los arquitectos. «Me preocupa mucho la cultura del ego, sobre todo en el contexto anglosajón. Los arquitectos contribuimos a construir un mundo precario que no es tan fantástico como creemos. ¿Por qué necesitamos estructuras corporativas heredadas?», plantea. Y abre la posibilidad de nuevos modelos de acción (oficinas y profesionales conectados en horizontal) para repensar un nuevo modelo de ciudad. En 2012, la exposición de Storefront 'Past Futures Present Futures' (arriba) exploraba cómo el pasado articula el futuro a través de IOI proyectos que nunca llegaron a realizarse en la ciudad de Nueva York. La exposición levantó una gran expectación. Pero el público no se encontró con maquetas ni grandes imágenes de esos edificios o utopías que nunca llegaron a materializarse: en un bosque de finos muros unos pequeños paneles, casi escondidos, informaban de esos proyectos y el espectador se topaba con un espejo que le devolvía su propia mirada. «Tuvimos muchas quejas, la gente salía con un sentimiento de frustración. Pero era exactamente lo que buscábamos», admite Franch con una sonrisa. Porque esa frustración conducía a un espectador pasivo a convertirse en buscador activo. Y así son las cosas que ocurren en Storefront, un intersticio entre la arquitectura, el arte y la calle (fue uno de los pocos espacios que intentó aglutinar el movimiento de Occupy Wall Street).

Arriba, un diseño para el proyecto 'Letters to the Mayor'. Izq.: 'David (Inspired by Michelangelo)' del artista turco Serkan Ozkaya hizo una parada en Storefront antes de ir al 21c Museum que lo alberga. Una acción que formaba parte del simposio (o antiosimposio) 'The Manifesto Series'.

en la ciudad», apunta. Y lo hace desde la plataforma del Storefront for Art and Architecture, uno de esos lugares que sólo puede existir en Nueva York. En 1982, mientras Trump acababa de levantar su torre en plena Quinta Avenida, un grupo de individuos descontentos con lo que sucedía en el mundo del arte y la arquitectura, desencantados con las instituciones, fundaron el Storefront, «un espacio de experimentación, de conversación, de fricción», explica Franch. Y cualquier cosa puede suceder ahí: exposiciones, debates, *performances*, que la calle tome (literalmente) el espacio... E incluso fiestas.

Para ir a una de las fiestas de Halloween de Eva Franch en Storefront (de las mejores de la ciudad según *Time Out* y el *New York Observer*), no basta con disfrazarse. Hay que llevar una bibliografía en el bolsillo en la que figuran autores como Voltaire, Marx, Jeff Koons o Pierre Bourdieu. «Una fiesta nunca se ha entendido como un espacio crítico, pero puede ser un lugar de investigación y de humor», apunta Franch, que en su Halloween con la temática *Luxury* –mucho más que un *dress code*– se ingenió un *videoclip*? ¿*spot* crítico? que ya era toda una declaración de intenciones (aparecían una retahíla de VIPs como Rem Koolhaas y su edificio de Prada reflejado en sus gafas de sol). Incluso en una *party* se pueden cuestionar esos «espacios políticos» que se dan por sentados. «Todo es un espacio político: la arquitectura e incluso la ropa que llevamos», advierte Franch.

